

Rocío Cebrero Cañete

“Un deseo...”

Sábados eternos, semanas autopropulsadas
De agujas veloces de reloj congeladas,
Cristalizadas en el tiempo.

Y entonces el vacío lo llena todo
Y se llena de sí mismo hasta anularme
Como la oscuridad en el filo del sol.

Pierdo el norte y en el sur
El mar se cuele entre mis dedos
Metamorphoseando mis lágrimas
En corales negros que atrapan toda luz.

Oquedad pintada de arcoiris censurados:
El borrón de un millón de historias a medio contar.

Diviso entonces la sensatez:
Hago palmas a destiempo del silencio
Y entierro mi brújula sin perder la esperanza de perderla.

“Hasta arañar el cielo con las pestañas”

La noche.
En la noche un mensaje de móvil
y en el mensaje un corazón desnudo
pide una cita.

Una cita en la noche

y el deseo en el estómago.

En el encuentro,
primero se desnudan
los labios,
después cantan
los ojos
y las manos tocan
acordes de celesta
al compás del silencio.

Se erectan y se humedecen
las ganas
al tiempo que la avidez recita los segundos.

Todo vocablo es infortunio,
toda luz ceguera;
y ante la oscuridad
la timidez se esconde:
Cualquier cosa vale para llegar al sol.

Fabrican escaleras de impulsos
A empujones:
Cada nervio, un escalón;
Cada estímulo, un paso.

El ascenso les agota
y sus poros paren diamantes salinos
que recorren sus espaldas en surcos de cristal.

El calor que emana del roce
de los cuerpos
congela sus pulmones
y aquejados les arrancan

suspiros
que apartan del cielo las nubes.

Entonces, en su azul, se estiran,
se retuercen, se miran,
se olvidan, se vienen y
se van, se van, se van...

Se elevan en vaivenes
desesperados,
impulsados por corrientes marítimas y eléctricas
hasta arañar el cielo con las pestañas.

En ese momento, un grito.
Y un rayo de espina dorsal apaga el sol.

“¿Quién soy?”

La soledad rechazada, un lugar añejo.
La frivolidad del silencio, el vacío absoluto.

El calor buscado en ávidas bocas
Y en corazones templados que se entregan.
La impotencia del amor frustrado.

La conciencia de un mundo injusto
Y la flaqueza de unas fuerzas recién paridas.

El reloj que avanza sin piedad
Y los niños que mueren hambrientos

El frío extremo y blanco, asma bajo el agua.
La ignorancia nublada por un sol ciego.

Una gota de sensatez en la letrina de los sentimientos.

El tedio de un domingo de televisores encendidos

La noticia jamás contada

Y el titular de una necrológica.

El desierto inundado donde la flor de plástico marchita...

¿Quién soy?